

ficcionalizada (otra vez, la ciencia ficción) por Norbert Wiener. Y un extraño intento de duplicar el mundo por parte de sujetos que dejan por doquier y voluntariamente los rastros de su existencia³.

II. Gubernamentalidad algorítmica

Ahora bien, duplicar el mundo quizás haya figurado en las proyecciones de la sociedad de la información, que intentaba calcar el mundo presente y llevarlo a lo virtual. Sin embargo, lo que se modificó desde aquellos proyectos, y también desde los tiempos de escritura de la "Posdata", y aún desde la formulación inicial de los estudios sobre la vigilancia contemporánea, es el estado de agregación que suponen primero Internet, y luego las redes sociales, respecto de la "digitalización" de la vida social.

La World Wide Web, la integración de sonidos, imágenes y textos en un mismo soporte, potenció las redes de interactividad fuertemente limitadas en la versión anterior de Internet, demasiado restringida a usuarios específicos. Primero fueron las redes desde puntos fijos: los viejos chats confinados a grandes computadoras sedentarias, incluso el cibercafé, que progresivamente va cayendo en desuso. Luego fueron los espacios institucionales, en algunos casos disciplinarios, e incluso los más domésticos, los que se conectaron a ese afuera. Allí se encuentra un suelo bien identificado por Deleuze: el anuncio de una crisis de esas instituciones por la invasión de un afuera que les reclama una reforma, que no es otra cosa que el signo externo de una incapacidad interna para seguir subjetivando. La escuela es el mejor ejemplo, con los continuos ejercicios de alfabetización digital que, interactivamente hablando, culminan por ahora en el proyecto One Laptop per Child de Nicholas Negroponte, gurú de la nueva era, replicado luego en proyectos nacionales de "internetización" de la educación como el Plan Ceibal en Uruguay o el Conectar Igualdad en Argentina.

³ Kevin Haggerty y Richard Ericson (2000) hablan así de un "ensamblaje de vigilancia" (*surveillant assemblage*). Los diferentes fragmentos de información de los individuos son reunidos en "dobles informáticos", cuyos datos son operables por distintos sistemas dentro de un nuevo aparato de vigilancia. Así, el "viejo" cuerpo humano es desarmado en su carne y rearmado en su información.

Pero en las últimas dos décadas explotaron los dispositivos celulares y las redes sociales, con lo cual desaparece ese mismo interior institucional, espacial, invadido desde el exterior. En el caso de los celulares, el tejido conectivo abandonó los puntos fijos. En el de las redes sociales, ya no una simple compra, o un trámite migratorio, o incluso una charla entre amigos del secundario o colegas del trabajo, sino todo un vasto campo de la vida social pasó a estar presente en la red, mientras se multiplicaba exponencialmente la capacidad para archivar datos, a tal punto que la tecnología informática contemporánea ya está abandonando el principio según el cual un dispositivo cualquiera almacena bits y dispone de unidades de lectura. Hoy en día todo tiende a estar en “la nube”, la versión 9.0 de “la red”. Si se combina celularidad con sociabilidad de redes, entonces no hay manera de sostener que el mundo “virtual”, “informatizado”, espejaría en todo lo que pueda al mundo “real”, “material”, porque todo estaría profundamente entrelazado; de allí que el término “comunidad virtual”, referido a otra comunidad real, sea reemplazado por “red social”, que asume que lo reticular va y viene de los dispositivos a las personas y viceversa. Y con ello, desde ya, las condiciones mismas de la vigilancia, su separación respecto del encierro, adquiere un nuevo cariz.

La novedad respecto de los tres procesos expuestos en el apartado anterior, que a su vez rompen con la vigilancia disciplinario-estatal, es el hecho de que la movilidad conectiva y la “redificación” de la vida social se sostienen por la fuerza del elemento epistémico de la comunicación, su carácter de enunciado rector de la episteme posmoderna como se ha visto en los capítulos anteriores. Watzlawick decía que no se podía no comunicar; Goffman planteaba que cualquier situación social, sobre todo aquella en la cual coincidían vigilancia y encierro, consistía en una compleja puesta en escena, comprensible en parte con los esquemas cibernéticos de mensajes de entrada y salida; y Luhmann, en el caso de la teoría sociológica de los sistemas y en un nivel de abstracción por cierto superior, sostenía que la sociedad misma era un conjunto de subsistemas en estado de comunicación permanente que incluso podía prescindir de lo que los seres humanos quisieran voluntariamente colocar en el terreno de la interacción. Desde ya que no existe una relación causal directa entre la tematización epistémica de la comunicación junto a la información

y la explosión de “la nube”, pero en todo caso sí parecería cierto que el recurso a la sociedad informatizada es insuficiente para captar lo que se juega entre la disponibilidad de ciertas tecnologías y su uso masificado.

Como se citó al inicio de este libro, Lucien Sfez elevó a la comunicación al rango de “forma simbólica”, término en el que cabrían nada menos que la religión, el arte, el lenguaje, la ciencia, la historia o el mito. En la misma época que la “Posdata”, cuando aún no existía la World Wide Web, Sfez señalaba que la cibernética y la teoría de los sistemas habían engendrado unas tecnologías del espíritu, “procedimientos para poner en acción la comunicación por la tecnología” (Sfez, 1995: 21), que podían agruparse en cuatro imágenes-fuerza: la red, la paradoja, la simulación y la interactividad. Hay un cierto aire de familia entre tecnologías del espíritu y “tecnologías del yo”, título de una conferencia dictada Foucault en Estados Unidos, durante su etapa más asociada a los modos de subjetivación, y sobre el cual se volverá en el próximo capítulo. Las tecnologías del yo “permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia y con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad (Foucault, 2008c: 48, en adelante TI)”. ¿Acaso la red, la simulación, la interactividad y la paradoja podrían guiar, como formas de modelado del sí mismo, algunas conductas propias de esta época?

Por lo pronto, la interactividad es un interesante espejo de lo que la terapia sistémica, el interaccionismo simbólico o la kinésica identificaban como interacción. La interactividad sería la interacción “activada por la tecnología”, siguiendo a Sfez. Este tipo de interacción necesita de una simulación “tecnificada”, esto es, que pueda realizarse en 140 caracteres o en una combinación de ediciones de letras, sonidos, imágenes, lo que en Goffman aparece como la presentación de la persona en la vida cotidiana, la performatividad implicada en la construcción de un sí mismo convincente. Se trataría de un nuevo teatro, el teatro de lo digital, que se despliega necesariamente en la red en la medida en que no existe aquel espacio común para el ritual del cara a cara. Nada impide, de hecho, analizar un perfil de Facebook con las nociones de Goffman o Garfinkel. Siendo un ejercicio meramente conceptual, puede

ser una ventana a través de la cual mirar de qué manera se han “comunicacionalizado” las relaciones sociales, esto es, han pasado primero por el tamiz de la información, y luego por su rodeo por parte de las formaciones discursivas de la comunicación. En la actualidad sería difícil, y quizás signo de una nueva y extraña forma de clandestinidad, no tener celular, o un perfil de Facebook, o Twitter, o cualquier otro sistema de moda al momento de escritura de este libro, y que probablemente sea una pieza de anticuario para quien lea esto en otro tiempo futuro. Y si se lo tiene, se lo usa, de manera tal que buena parte de las horas pasa en este tipo de comunicación informatizada. Esto es algo que no se puede comprender con la sola referencia a la sociedad informatizada, pero tampoco si se realiza esa “necesidad de estar comunicado”, ese nuevo *homo communicans* al decir de Philippe Breton —que lo deriva exclusivamente del análisis de *Cibernética y sociedad* de Wiener—, en ausencia de las mismas tecnologías digitales.

La comunicación “activada” por las tecnologías, ellas mismas relevantes socialmente solo en la medida en que son “activadas” por la comunicación, multiplica la vigilancia por fuera del encierro disciplinario porque sitúa a los propios individuos más allá de sus interiores, como Deleuze decía a propósito de las instituciones. Foucault consideraba que la vigilancia ejercida desde el panoptismo implicaba en el fondo la promesa de que el sujeto vigilado pudiera autovigilarse, y que de ese modo se generara un interior, un alma, sometido a un trabajo sobre sí introspectivo. En cambio, si las subjetividades —al menos en las redes sociales— proceden a exteriorizar justamente aquello que constituiría su intimidad o su privacidad, un fenómeno ampliamente reconocido, esa autovigilancia es compartida socialmente y el interior subjetivo pasa a ser únicamente el valor agregado de aquello que se exhibe. Existe una simetría entre el interior estallado de los muros de la institución y la interioridad construida de un modo muy diferente al de los viejos cánones liberales de la privacidad y de la intimidad. Quizás no sea interioridad, quizás incluso las comparaciones sean algo erradas. Todo depende de la profundidad de las transformaciones en los modos de subjetivación. Por ahora, eso sí, estos cambios se producen a una velocidad impresionante y con una intensidad inédita. Pero si el afuera está invadiendo el encierro, es porque desde allí adentro

estaban pidiendo salir. Deleuze se preguntaba, justamente, cuál será el motivo de tanto alboroto.

Es esencial abordar, así sea tangencialmente (se hará de manera más precisa en el capítulo 11), esta transformación en los modos de subjetivación, porque en ella anida el cambio cualitativo de la vigilancia contemporánea. No se trata únicamente de la intimidad transformada en espectáculo, según la conocida definición de Paula Sibilía (2008). También se trata de la construcción de una nueva esfera pública, sobre todo alrededor de Instagram, Twitter y Facebook (una vez más, sepa la lectora y el lector del futuro retrotraerse a lo que ocurría en la segunda década del siglo XXI). Allí se producen publicidades de intimidades, creación de colectivos a partir de lo público y también de lo privado, movimientos políticos y corrientes de opinión que desafían la circulación unidireccional de la información, en fin, toda una vida social que se relaciona, pero no coincide punto por punto ni mucho menos, con las esferas más antiguas, las de los espacios tradicionales, públicos o privados, y la de los medios masivos o alternativos de comunicación. Se establecen entre todos ellos relaciones cambiantes, de contaminación mutua, y de una manera que no se ajusta al orden previsto en el “ágora informacional” del Informe Nora-Minc.

Llama la atención en estas lides la irrupción del perfil, verdadero homenaje tecnodigital al sí mismo goffmaniano. Desde el punto de vista de los sistemas globales de vigilancia, el perfil “es un conjunto de trazos que no concierne a un individuo específico, sino que expresa las relaciones entre individuos, siendo más interpersonal que intrapersonal. Su principal objetivo no es producir un saber sobre un individuo identificable, sino usar un conjunto de informaciones personales para actuar sobre similares”, según la investigadora brasileña Fernanda Bruno. En esa masa de datos lo que se busca es “la probabilidad de manifestación de un factor (comportamiento, interés, trazo psicológico) en un cuadro de variables” (2013: 161). Y desde el punto de vista de los usuarios de las redes, existe en el perfil “un efecto de identidad, en un sentido puntual y provisorio, una vez que no atienden a criterios de verdad y falsedad, sino de performatividad” (2013: 169). No es que haya en otro lugar, en otro tiempo, una identidad que no sea efecto, que no sea performativa, al menos desde la prédica de las formaciones

discursivas de la comunicación, sino que la identidad deja de ser un atributo relativamente permanente de un individuo, a su vez asociado con una persona, a su vez asociada con un cuerpo, localizable en un espacio-tiempo tradicional, disciplinario. Así como Foucault pretendía hablar de subjetivación, en lugar de sujeto, para aludir al hecho de que el sujeto es un acto y una producción que además se realiza en determinado contexto histórico, cabría hablar aquí del paso de la identidad a los procesos cambiantes de identificación.

Si partes cada vez más crecientes de la vida cotidiana transcurren en las redes, no solo los perfiles se transforman en espacios privilegiados para la constitución misma de las identidades, sino que también constituyen la base de ejercicio de una vigilancia “distribuida e inmanente” —al decir de Bruno— como nunca antes. Es distribuida porque, como ya se planteó, no es preciso situar al individuo en un lugar fijo, así sea mediado técnicamente (una cámara de vigilancia, una molinete con sensores de huellas digitales, etc.), sino que el individuo mismo, en movimiento en el espacio y siempre conectado, lleva consigo aquello que lo vigila y a través de lo cual puede vigilar. Y es inmanente porque, en la medida en que todas las interacciones son interactividades, esto es, están mediadas por tecnologías de información que las transforman en datos, los sistemas de vigilancia ya no necesitan situarse en un punto trascendente de mira (el ojo de Dios imitado por el panóptico, o la cámara que mira desde arriba una calle en la madrugada) en la medida en que cualquier aspecto de la vida social queda registrado sin esfuerzo alguno por “espiarla”. En 1984, Winston Smith buscaba aquel lugar que estuviera al abrigo de la mirada del Big Brother todopoderoso; hoy, en cambio, quedarse sin cobertura de red despierta una angustia casi insostenible⁴.

⁴ Es preciso señalar que estos rasgos de la vigilancia contemporánea fueron aislados en función de su relación con la base epistémica analizada aquí, en especial en el vínculo entre información y comunicación de acuerdo a sus formaciones discursivas correspondientes. Hay muchas otras vertientes de la vigilancia contemporánea que no se han desarrollado pero que requieren aunque sea una mención. En particular, aquella que liga la “vieja” observación con la “nueva” realidad del perfil tomando como objeto no a los individuos en situación de consumo, incluidos, sino a aquellos que se pretende excluir. Didier Bigo acuñó el término *ban-óptico* (donde el *ban* alude al bando soberano en el que se basa la

Puede denominarse proceso de *gubernamentalidad algorítmica* a aquello que transcurre en la vigilancia distribuida e inmanente a través de los perfiles de redes. Antoinette Rouvroy y Thomas Berns apelan a esta tonalidad foucaultiana para aludir a un proceso de tres etapas, la primera de las cuales es la *dataveillance*, la datavigilancia, la explosión de la recopilación y conservación automática de los datos que ya constituían el insumo básico de los estudios sobre vigilancia anterior al surgimiento de las redes sociales. Luego viene el *datamining*, la minería de datos, que explota el yacimiento generado por el *dataveillance* en función de un análisis automatizado que busca “hacer emerger correlaciones sutiles” entre ellos sin necesidad de elaborar, como en la estadística tradicional, “una hipótesis previa” (Rouvroy, Berns, 2016: 93). El resultado de ese *datamining* es el perfil. Y en un tercer tiempo se utilizan estos perfiles en un sentido probabilístico para “la anticipación de los comportamientos individuales” (95): *datanticipating*, se podría decir. Este movimiento de tres pasos, de los datos a la elaboración de los perfiles y luego a la construcción futura de lo que estos deberían hacer, se asemeja al de los primeros tiempos de las sociedades de control, donde primero se “virtualizaron” porciones importantes de la vida social sometida a una vigilancia aún “exterior”, para luego volver en formas totalizadoras que hacen que ese “espacio virtual” sea la localización generalizada, o sea, lo que hoy se llama geolocalización. Si Bateson decía, recuperando

excepción, según Jean-Luc Nancy y Giorgio Agamben) para referirse a un diagrama de vigilancia transnacional que no apunta a vigilar a todos para incluirlos, sino a utilizar la creciente movilidad global para vigilar a algunos, a distancia, con el objeto de excluirlos, como el caso cada vez más candente de los migrantes pobres trasladándose a regiones ricas. El Banóptico, dispositivo que excluye a distancia en lugar de incluir a través de la cercanía, se caracteriza por las leyes de emergencia que se convierten en regla (siguiendo a Agamben) por “el modo en que excluye a ciertos grupos en nombre de su conducta potencial futura (*profiling*) y por el modo en que normaliza a los no-excluidos a través de la producción de imperativos normativos, el más importante de los cuales es el libre movimiento (las llamadas cuatro libertades de circulación de la Unión Europea: la que involucra a bienes, capital, información, servicios y personas)” (Bigo, 2008: 35). El Banóptico es el diagrama reservado para “las tres cuartas partes de la humanidad” bajo el capitalismo que son “demasiado pobres para la deuda, demasiado numerosos para el encierro” según Deleuze, por lo que “el control no solo tendrá que enfrentarse con la disipación de las fronteras, sino también con las explosiones de villas miserias y guetos” (1999: 110).

célebremente a Alfred Korzybski, que el mapa no es el territorio, hoy habría que agregar que el territorio es cada vez más lo que mande el GPS.

Lo que potencia a la gubernamentalidad algorítmica es el hecho de que esta espacialidad informatizada al cubo se despliega al ritmo de una temporalidad “real” en tanto anida en una viralidad que bien podría hacer las delicias de Gabriel Tarde cuando hablaba del contagio social. Efectivamente, vivir en un nuevo espacio-tiempo, curvado digitalmente como no podría haberlo imaginado Albert Einstein, supone que es posible mezclar las espacialidades y temporalidades tradicionales con la reticulación generalizada, de manera tal que se transita el espacio y la duración a la vieja usanza mientras se está conectado a “la nube”. Pero “la nube”, dicen Rouvroy y Berns, no es un conjunto de datos a disposición, y ya no corresponde al viejo sueño de la “sociedad de la información”, pues las redes y los sistemas de búsqueda se expanden y se procesan de acuerdo a algoritmos. El Page Rank de Google (que jerarquiza los datos que se buscan en función de las búsquedas anteriores desde el mismo IP utilizando un ranking del número de enlaces que tiene cada sitio buscado), el Open Graph de Facebook (que publica el tránsito de un individuo por cualquier red a la que se haya accedido vía esta red social), las *cookies* como recolectoras de datos, las solicitudes constantes que parecen realizaciones torpes de la interpelación althusseriana del Sujeto (“personas que quizás conozcas”, “grupos a los que adhirió tal perfil”, “¿en qué estás pensando?”), los seguidores y los seguimientos entre usuarios en Facebook y Twitter, las conexiones que son elaboradas siempre a partir de una “perfilización” constante que se alimenta del hecho de que los individuos se la pasan “perfilizándose”; todo esto debe ser visto como puntos centrales de las relaciones entre saber, poder y subjetivación en sociedades que pasan a ser así “sociedades de control”. Cada “Me gusta” es un acto de gubernamentalidad algorítmica⁵. Y la deuda de este sistema con la episteme posmoderna,

⁵ En 2012 un grupo de investigadores del equipo de la Universidad de Oxford, en conjunto con el *Psychometrics Centre* de la Universidad de Cambridge y con varias compañías, entre ellas Microsoft, comenzaron a trabajar en el proyecto pionero “YouAreWhatYouLike” (<http://applymagicsauce.com/test.html>): una aplicación que permite el estudio de la personalidad entre los usuarios a partir de los “Me gusta” que usa. Con una base de cerca de 60.000 voluntarios que proporcionaron sus datos a través del famoso botón, estos

comenzando por su a priori histórico, es evidente: los signos se acomodan solos y la estadística abandona el patrón de una normalidad para ir construyendo otra minuto a minuto, gracias a la conversión de todo en información y por lo tanto en algoritmos. Es necesario recordar que “algoritmo” significa cibernéticamente un conjunto de instrucciones.

De allí que Rouvroy y Berns hablen de gubernamentalidad, en la medida en que para Foucault el término denotaba una nueva forma de ejercicio de los poderes en la que no se prohíbe, como en la ley, ni se prescribe, como en la disciplina, sino que se actúa en torno a las fuerzas que se despliegan en una realidad dada para acoplarlas “naturalmente” al orden previsto en el futuro, lo cual supone una acción constante “retroalimentada” —y por eso bien cibernética— por el resultado de la acción anterior. La gubernamentalidad algorítmica sería “un cierto tipo de racionalidad (a)normativa o (a)política que reposa sobre la recolección, la agrupación y análisis automatizado de datos en cantidad masiva de modo de modelizar, anticipar y afectar por adelantado los comportamientos posibles”, y que implican “una aparente individualización de la estadística” pues, lejos de la referencia a un hombre medio definido de antemano, parece operar alrededor de la generación de un sí mismo a partir de “su propio perfil automáticamente atribuido y evolutivo en tiempo real”. Esto hace que “esta práctica estadística se desarrolle como si estuviéramos de acuerdo”, o mejor dicho, como si hubiera una “*adhesión* por defecto a una normatividad tan inmanente como la de la vida misma” (96-97). En definitiva, las normas están ahora tan distribuidas y son tan inmanentes y cambiantes como la vigilancia con la cual se retroalimentan. Deleuze decía que de eso se trata el control: todo es más libre pero, por eso mismo, todo se encuentra mucho más controlado. De eso se trata la gestión del acontecimiento⁶.

investigadores afirman que pudieron predecir rangos de sensibilidad personal y de atributos como la orientación sexual, la “etnicidad”, inclinaciones religiosas y políticas, distintos comportamientos y rasgos personales como la inteligencia, niveles de satisfacción, felicidad, el uso de sustancias psicoactivas, tipo de relaciones amorosas —determinar si era soltero, casado, etc.— edad y género. Vaya el agradecimiento a Juan Camilo Gómez por este dato revelador.

⁶ Es importante señalar al respecto que el algoritmo en sí ya está ganando terreno como un objeto de estudio privilegiado para estudiar las relaciones de poder contemporáneas, hasta el punto en que quizás ya haya que hablar de *algorithmic studies*, así como ya existe,

A través de la vida cotidiana en las pantallas se realiza aquel antiguo sueño de Bacon, citado por Foucault en STP, de prevenir “las tempestades del Estado”. Para prevenir el futuro fue necesario que el siglo XIX pusiera a punto unas estadísticas que perseguirían amablemente, y por su bien, a todos los individuos para ver qué hacían. Ahora es posible crear ese futuro a partir de los datos del presente, si se atienden las palabras de Eric Schmidt, director general de Google: “Sabemos *grosso modo* quiénes son ustedes, qué es lo que les interesa, quiénes son sus amigos [o sea que saben de qué “cardumen” somos]. La tecnología será tan buena que a la gente va a resultarle muy difícil ver o consumir alguna cosa que no se ajuste a ella” (Rouvroy, Berns, 2016: 99). Y si el ajuste no es tan preciso, si algo muy grosero se escapa a los ojos inmanentes, la trascendencia de los Estados y los mercados globales siempre podrá seguir actuando como el gran ojo que todo lo ve: por eso Facebook y Google pueden vender los datos de sus usuarios a las agencias de seguridad. Se confirma la presunción de Deleuze: ya no hace falta la ciencia ficción. Pero la gubernamentalidad algorítmica, apertura a un nuevo tipo de normalización producida por el desencanche entre vigilancia y encierro, es solo una parte de la trama donde también se construyen formas de subjetivación colectiva.

III. Modulación

Semejante transformación de los procesos de normalización en las sociedades de control no puede acaecer únicamente al momento de pegar una novedad en el muro de Facebook⁷. Deleuze se refiere a algo mucho

consolidado, el campo de los *software studies*. En un texto que será retomado más adelante, Matteo Pasquinelli (2015) hace un análisis muy ajustado de la relación entre código y algoritmo en los llamados *metadata* (o Big Data) e incluso se anima a pensar que, más allá de las sociedades de control de Deleuze, se instalan actualmente las sociedades de los *metadata*, que aquí se interpretan, desde ya, como parte de la lógica del control. Otros enfoques: *The Black Box Society. The Secret Algorithms that Control Money and Information*, de Frank Pasquale, y los libros de un autor ahora de moda, Éric Sadin.

⁷ En un interesante artículo sobre la noción de *objetil* en Deleuze, David Savat define con precisión el concepto de modulación en un vínculo exclusivo con “la vida en la pantalla”.